



EN MAL LUGAR

Esther Mor

EN MAL LUGAR

Esther Mor

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este relato puede ser reproducida o transmitida en cualquier forma o por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo fotocopiado, grabado, o por cualquier almacenamiento de importación o sistema de recuperación sin permiso expreso de la autora.

ISBN: 9781686557286

® Número de Registro SafeCreative 1905030810560

© Esther Mor

Primera edición: diciembre 2019.

Agradezco a todo el que se ha cruzado en mi vida y me ha dejado llenar de palabras sus noches y ratos de ocio.

Tú sabes quién eres,
Sin ti no continuaría con esta aventura y sin tus consejos y apoyo
incondicional, tampoco.

ÍNDICE

UNO

DOS

TRES

CUATRO

CINCO

SEIS

SIETE

OCHO

NUEVE

DIEZ

ONCE

SOBRE ESTHER MOR

FRAGMENTO DE REBELIÓN ELECTRÓNICA DE ANDAR POR CASA

UNO

Primera parte del plan ejecutada, he llegado al hotel con el botín: un collar de diamantes y piedras preciosas. Una valiosísima joya que me va a procurar el ansiado y soñado retiro a cualquier paraíso sin acuerdo de extradición. Se acabaron los riesgos, ¡bienvenida nueva vida de placeres y despreocupación económica! Al «A Dios pongo por testigo...», que decía Scarlett O'Hara con la zanahoria en alto, yo añado: «... que a partir de mañana voy a ser una mujer asquerosamente rica, la envidia de cualquiera con dos dedos de frente». Siempre y cuando de con la ubicación del hotel. Esto es fundamental.

El punto de encuentro escogido resulta, cuanto menos, peculiar. Se trata de un hotel en medio de la nada, más apartado de la civilización imposible.

—A doscientos metros, coja el desvío a la izquierda —pronuncia desacompadada la voz sensual del GPS—. Recalculando. A cien metros, coja el desvío a la izquierda. Recalculando.

¿Alguien sabe si las profesionales que prestan su voz a los navegadores son las mismas que luego atienden las llamadas en los teléfonos eróticos? La del mío debe hacer pluriempleo, pero me pregunto si es lo habitual.

—Preciosa, no hay desvíos a la izquierda —le hablo con suavidad, intento razonar con ella como con ese amigo que todos tenemos, el que pretende llevar siempre la razón. Me recuerdo a mí misma que soy la culpable de su ineficacia, ya que no he descargado las últimas actualizaciones de mapas de carreteras. Por este motivo debería ser tolerante con sus pequeños fallos—. Yo no veo aquí desvío ninguno. Si giro a la izquierda, me despeño.

Acabo por apagar el maldito cacharro muy cabreada. Hemos tenido varios encontronazos similares por culpa de una mala cobertura. Discutiremos: ella, erre que erre en sus indicaciones, que yo rebatiré con la realidad circundante. Perderé la paciencia y la emprenderé a golpes con el aparato. Las probabilidades de perderme en carreteras secundarias o terciarias, como sea que se llamen, suben enteros al mismo ritmo que las gotas que empiezan a caer del cielo. Es justo lo que necesito ahora, una tormenta que acabe con el poco sentido de la orientación que me resta.

¡Genial! El último tramo, sin asfaltar y embarrado a causa de una lluvia cada vez más intensa, me va a poner finos los bajos del coche, y eso si consigo atravesarlo, porque no las tengo todas conmigo.

La noche se complica. Pinta a martes catastrófico. No es lo que esperaba.

¡Madre mía! ¿Dónde me estaré metiendo? ¿Es el bosque prohibido? ¡En pocos metros doy con Howards y me dan la bienvenida la profesora McGonagall y el mismísimo Albus Dumbledore! Si me cruzo con el sauce boxeador y le da una paliza a mi pobre Seat Ibiza, ¿cómo relleno el parte para el seguro?

Temo no llegar antes del anochecer, ¿terminaré haciendo vivac en la arboleda? Con la que está cayendo no sobrevivo, ¡yo que nunca fui de acampada siendo niña! Tendría que haber insistido en no salir de entornos urbanos para negocios e intercambios. También debería haber sido más estricta con el horario. La medianoche queda muy bien para tratos fuera de la ley en películas y novelas de misterio, pero es tremendamente incómoda para el tema del transporte.

Un comprador con muchas manías, ya lo sé, pero fue el más generoso a la hora de adquirir la exclusiva pieza. He tenido tratos con él en el pasado y, además de buen pagador, es un señor muy discreto. De hecho, por primera vez acudirá él en persona a la cita. Implicación y confianza, ¿se le puede pedir más? Y dada la repercusión que esto va a tener en mi futura vida de excesos, lujos y desenfreno, consideré hacer este pequeño sacrificio. Si este negocio sale bien, no hay próximo golpe. La menda abraza la jubilación dorada.

Me cuesta mil vueltas y pasar siete veces el mismo tramo dar con el desvío allí en el punto en el que la voz del GPS indicaba. ¿Es necesario disculparse con este tipo de máquinas? Espero que no, mi orgullo humano, además de herido, no me lo permitiría. Mi pequeño problema de lateralidad cruzada me mete en estas lides.

Y estoy ahora delante del hotel en el que debo esperar al comprador. Lo sé por el enorme letrero sobre la portalada, y porque no hay nada en varios kilómetros a la redonda.

En una primera impresión posee el mismo encanto que el Motel Bates. Es, en una única palabra, espeluznante. Menos mal que no soy una mujer superficial y procuro ir más allá, con los hombres y con los edificios. No me voy a dejar impresionar por las apariencias, de momento.

Detrás de esos muros de ladrillo visto y los desconchones en la pintura de los marcos de ventanas y puertas, me espera un interior que me va a sorprender, estoy segura.

DOS

La construcción es antigua, pero tiene personalidad, un atractivo diferente y fuera de lo común. Desde luego no es uno de esos hoteles minimalistas y chics que abundan hoy en día en las ciudades. Poco tiene que ver con las casas rurales que están tan de moda entre los urbanitas en busca de entornos naturales en los que desintoxicarse de la gran ciudad. En mi opinión, a ningún hotelero con dos dedos de frente se le ocurriría montar un negocio en la nada, tan horrible y con tan poca vista comercial. Pero para gustos, como se suele decir, los colores.

Traspaso el quicio de la puerta con una bolsa de plástico sobre el pelo, al más puro estilo «maruja de barrio bajo». Fui ayer a la peluquería y no pienso permitir que la humedad se cargue recién estrenado alisado de queratina. Estoy convencida de que el interior no puede ser peor que el descuidado exterior.

Flanquean la entrada dos macetones enormes con unas frondosas plantas de tronco ancho, hojas color verde oscuro, tres raíces que se introducen en la tierra y en su cúspide, a mi altura con tacones, una corola rosada y grande como mi cabeza. No soy muy amante de las plantas, no tengo idea de que variedad debe tratarse, pero resultan muy llamativas. Por el estado del jardín delantero no esperaba encontrar unos especímenes vegetales con semejante buen aspecto.

Un mostrador al frente y un sofá de piel de imitación en ele, a mi izquierda, completan la recepción. No parece haber nadie, pero el timbre está sobre el mostrador.

Algo se mueve detrás y me roza un hombro. Siento un escalofrío. Me vuelvo rápidamente, ¿qué ha sido eso? Me han tocado, juraría que me han acariciado, ¿cómo es eso posible? ¿Estaban a esa distancia los macetones? Es absurdo, pero juraría que había más distancia entre ellos hace dos segundos.

—Buenas noches, Madame. No se quede en la puerta. Los dos ejemplares están debidamente expurgados, pero con estos bichos nunca se sabe —me saluda una grave voz masculina.

Doy un bote y un grito agudo, no entiendo de dónde ha salido. Había mirado en esa dirección hace un segundo y no había nadie. Ahora tengo delante a un señor con poco pelo, que no calvo, sobre unas orejas extremadamente grandes, y en apariencia demasiado mayor para estar detrás de un mostrador. Da cierta grima, tiene un ojo blanco desprovisto de iris. Me he pegado un susto mayúsculo, menos mal que se me da bien disimular y no lo habrá notado.

—Buenas noches. Tengo una reserva a nombre del Señor Cradúyalos —le indico simulando no verme afectada por su aspecto.

—Permítame hacer unas comprobaciones.

El recepcionista, o lo que sea, toma un enorme volumen bajo el mostrador y empieza a pasar

sus desgastadas páginas. Hay montones de nombres apuntados uno debajo del otro. Esto debería estar informatizado. Parece que encuentra la entrada que buscaba, y entonces saca otro tocho, algo menos grande.

—Un momento, por favor. Disculpe mi torpeza.

—Tranquilo, no pasa nada —respondo con educación. Me gustaría decirle que necesito quitarme la ropa mojada y descalzarme, quizás darme una ducha caliente para no caer en la hipotermia, pero no abro la boca. Discreción. Espero y observo como el pobre hombre anota algo en su cuaderno, consulta con el libro, mira atrás, comprueba las llaves que tiene en su haber, repite todo el procedimiento tres veces mientras se rasca la cabeza. Algo no va bien. No hay que ser un genio para darse cuenta de que algo falla.

El anciano clava su iris, el del ojo bueno, en mí. Me estremezco. Es muy angustioso, pero no le puedo pedir que no me mire. Me sonrío. Eso resulta aún más terrorífico. Le faltan muchos dientes. El pobre hombre debe alimentarse a base de purés.

La Seguridad Social funciona a medio gas, las listas de espera se eternizan debido a los sucesivos recortes propiciados por la nefasta gestión actual y una clase política centrada en procurarse sus intereses, pero a este señor una operación de cataratas le hace mucha falta. Al menos que lo pongan en preferente. Luego, ya para redondear su aspecto, un odontólogo debidamente cualificado que le ponga puentes o directamente una dentadura postiza.

Me pregunto, incluso, si no lo podrían considerar a nivel empresarial, ¿la mutua de empresa cubrirá estos casos? Deberían informarse al respecto. Asusta a los posibles clientes. Con unas gafas de sol de espejo quizás mejoraría la primera impresión. Eso o plantearle la jubilación de una vez por todas. Diría que le tocaba, a bote pronto, hace unos treinta años. Por lo visto, los representantes del sindicato que corresponda a este sector han olvidado este lugar y llevan tiempo sin controlar las condiciones del pobre asalariado. Me da un poco de pena por él.

Lo que es yo, porque vengo a lo que vengo y me lo han impuesto, si no tal y como entro por la puerta giratoria, sigo girando y vuelvo con mi culto, bien torneado gracias a las tres sesiones de fitness semanales con las que me machaco y que lo mío me cuestan, por donde vine.

Me repito como un mantra el motivo que me ha traído aquí. Dinero, mucho, una cantidad indecente de dinero será mío en cuanto venda el collar de diamantes. Respiro hondo para hacer el registro. Parece que ya ha solucionado lo que no le cuadraba. Prefiero no hacer preguntas. Cuanto menos sepa, mejor. La intuición nunca me falla.

La recepción huele a humedad, y no es solo por la lluvia.

TRES

El anciano rebusca entre las llaves hasta localizar la que corresponde a mi habitación. Entonces, sale de detrás del mostrador y me indica.

—Yo mismo le acompaño, Madame. ¡Sígame! —me indica. Detrás de los pasos del anciano trabajador nos adelanta un caracol en el alféizar de la ventana. Suspiro. El trayecto va a ser duro—. Me temo que deberá volver a disculparme. No me he presentado, estragos de la edad. Soy Harold, el gerente de este humilde establecimiento, y estoy a su servicio. No dude en consultarme cualquier duda que tenga, a cualquier hora.

Ha alargado innecesariamente la “a” de Harold. Inquietante. Angustioso. Estremecedor. Cada vez me gusta menos este sitio. Y no soy precisamente una blanda.

Observo a través de la mencionada apertura el paisaje en todo su esplendor, me lo puedo permitir al ritmo al que caminamos. Un bosque precioso, bucólico hasta decir basta. Al menos disfruto de las vistas. ¡Qué remedio! Se desplaza de tal forma que no puedo adelantarlo. Si voy a la izquierda me cierra el paso, si giro para rebasarlo por la derecha, con un vaivén de cadera está justo ahí. Aunque parezca una locura, diría que además de ser un personaje en exceso competitivo, tiene el ojo que no le funciona en la nuca, debajo de las pocas greñas que le quedan en la cabeza y que reposan sobre sus hombros.

Me mantengo alerta pero tranquila hasta que llegamos al ascensor. Observo con atención el aparato en el que pretende que montemos los pobres inquilinos. A pesar de no ser creyente, algo en mi interior me fuerza a santiguarme.

Si tuviera que describirlo, este artefacto arcaico y decadente no llegaría a montacargas. Casi me provoca un ataque al corazón con su vaivén. ¿Cuándo se inventó este apreciado artilugio que nos libra de subir escaleras? Pues atención: puede que este sea uno de los primeros. Una auténtica antigüedad, o antigualla, según los ánimos del día. Tengo la sensación de que si pudiera mirar al hueco bajo la caja encontraría a algún desgraciado pedaleando para mover los engranajes que le permiten subir y bajar pisos. ¡Incluso se cierra por la parte de fuera con unas rejas, novecentista total!

A la antigua usanza, así mismo, Harold se ha empeñado en llevarme el equipaje. Gerente y botones. Además de sobrepasar con creces la edad para poder disfrutar del merecido y ansiado descanso, lo tienen explotado. Lo más triste es que sola habría llegado antes, pero me veo obligada a caminar detrás, a su ritmo, inhumanamente lento por un pasillo interminable y decadente. Calculo que llegaremos a mis ansiados aposentos hacia la medianoche, aunque apenas son las diez y media.

Pretendía también llevarme el bolso, pero ahí le he parado los pies. Nadie les pondrá una mano encima a mis pertenencias más preciadas ni, por supuesto, al motivo que me ha metido en este infame lugar. Con eso no trago.

CUATRO

Tengo tiempo hasta de observar y deleitarme con los cuadros y los detalles que ornamentan este triste alojamiento en la procesión que me lleva hasta la habitación. Igual lo hace con esa intención. Este pasillo vuelve a ser indicativo del declive del lugar en el que me encuentro.

La desfasada decoración, por mucho que lo quieran disfrazar de vintage, es cutre, triste y descuidada. Este negocio necesita una buena actualización. Nadie que lo haya pisado se extrañará de la cantidad de sandeces que se pueden leer en las redes sociales, y doy fe que hay auténticas barbaridades al respecto.

Lo comprobé.

Con este aspecto se lo ponen muy fácil a los haters de la era digital. Mirando las opiniones regadas por Internet y sus buscadores de ofertas, da auténtico miedo. Sectas, asesinos, fantasmas, brujas... Adiós valoración positiva en TripAdvisor. Vamos, que el Marketing online también lo tiene pendiente. Así no cierra el año sin pérdidas. Rogaría una puesta a punto de una vez, que eso de no querer hacer obras por no mancillar el carácter del hotel ya no cuela.

¿Qué tipo de clientela se quiere atraer? Familiar apuesto que no. Miedo me da pensar en el club infantil, con Harold de cuentacuentos o como payaso. Visto lo visto, dudo mucho se contraten monitores infantiles o canguros con referencias. Y no es lugar para citas románticas, eso está claro. Si quedo aquí con un amante tiene que ser para descuartizarlo después del polvo, a lo mantis religiosa o asesina serial. En fin. Negocios son negocios. Y el que tengo ahora en marcha pasa por permanecer en este antro, pues durante la noche me contactarán y me han pedido de forma expresa que sea aquí. Con la de sitios interesantes y poco sospechosos para hacer intercambios que conozco y le sugerí.

Hay que buscar siempre el lado positivo. No creo que tengamos invitados inesperados en semejante hotel como, por ejemplo, las fuerzas del orden, y eso es favorable para el tipo de transacción que tenemos pendiente el Señor Cradúyalos y una servidora. Aquí podrían dar una fiesta Hannibal Lecter, Jack el destripador, el hombre del saco, Charles Manson y el payaso Pennywise. Quede constancia que no me suelo quedar en este tipo de edificios. Tengo mucho más estilo.

—Pase, Madame. Espero que sea todo de su agrado y tenga una buena estancia en esta mi casa —Llegamos por fin a la puerta con el número veinte xerografiado en el interminable viacrucis tras Harold. Abre y me cede el paso con galantería hollywoodiense.

Si mis expectativas ya estaban por los suelos, el interior resulta ser peor de lo imaginado. Increíble. La habitación deja mucho que desear. Austera y sin gracia; el mobiliario se compone de una cama de matrimonio cubierta con una colcha horrible, dos mesillas, un escritorio y el armario de dos puertas del siglo pasado, no, del anterior, y no precisamente en buen estado de conservación.

—¡No hay televisor! —exclamo consternada por el descubrimiento.

—Por supuesto que no. Este es un hotel muy exclusivo y ese aparato no nos es grato. Aquí se viene a desconectar del mundo exterior —explica el gerente herido en su orgullo.

—¡Pues vaya! ¿Qué hago yo hasta que me contacten? ¿Cómo me distraigo? ¿Hay red inalámbrica disponible? —la batería de preguntas descoloca al pobre hombre. Algo refunfuña sobre un despropósito y una desfachatez. Del servicio de Wifi, como es obvio, no ha oído hablar. Y ya he experimentado en el bosque lo precario de la señal y la mala cobertura del lugar. Van a ser unas horas muy largas.

Ante mi visible contrariedad, Harold me indica que en el comedor hay baile los jueves. Y bingo el segundo miércoles de cada mes. ¡Qué bárbara oferta de ocio ante mis ojos!

—Las noches de los jueves eran épicas —rememora el buen Harold, se le nota la añoranza de aquellos tiempos—. Venían las mejores familias de los pueblos colindantes, los poderosos de la comarca se daban cita aquí, entre las paredes de este establecimiento sencillo se han ordenado guerras y salvado vidas.

—Un orgullo trabajar aquí, ya entiendo. Puede retirarse, Harold —sonrío al gerente y le doy las gracias por su ayuda.

Me explica algo referente al agua caliente y los enchufes mientras con suavidad lo empujo hacia la salida. Quiero que me deje sola lo antes posible. No estoy para detalles superficiales. Necesito quitarme los zapatos. No soporto un segundo más los tacones y le cierro la puerta en los morros.

CINCO

Los muelles del colchón se quejan cuando dejo caer mi peso sobre él para descalzarme de mis adorados Manolos. Son mi amor más tóxico, los adoro y me encantan mientras que ellos, insensibles a mis más puros sentimientos, me destrozan los pies.

¡Oh, Dios! Hay moqueta en el suelo. Debería ser ilegal usar ese tipo de revestimiento. No son manías mías. Apoyo el pie descalzo con asco. Puedo hacerlo. Tiemblo porque sé que encontraré algo desagradable, viscoso, siempre es así. Justo. Detecto un trozo de uña al lado de la mesilla de noche, he estado a punto de pisarla. La observo detenidamente: no es humana, es un pedazo de garra de origen animal, de un bicho grande más concretamente. ¿Quién o qué se ha alojado aquí antes que yo? ¿Un domador de circo con alguna de sus fieras? ¿Un taxidermista?

¡Qué asco! ¿Y tengo que esperar aquí al contacto? ¡Vaya mierda! Respiro hondo. Solo es una noche. Lo último que me esperaba, que esto fuera un hotel *pet friendly*. Esto Cradúyalos me lo debería haber advertido. No habría confiado a la vecina mi guacamayo Isidoro. Podría haberlo traído conmigo.

Debería echar un vistazo al baño, no quiero elucubrar ni dejarme llevar por la imaginación, pero me huelo más sorpresas del mismo estilo. Y enfatizo lo de «oler» porque al acercarme al cuarto de baño un tenue hedor a pis de gato se abre paso a través de la puerta cerrada hasta mis fosas nasales.

No puede ser verdad.

Estornudo. Mi alergia. Eso solo puede significar una cosa.

Empujo la puerta y un ser de otro mundo se me lanza a la cara; un enajenado minino bufa literalmente encima de mí mientras esquivo por los pelos sus afiladas garras.

¿Qué coño es esto? Me mira con sus ojos amarillos, el cuerpo totalmente arqueado y la cola hinchada. Un gato negro como el azabache plantado en la mitad de la habitación que ya está preparado para volver a atacar.

¡Qué despropósito de alojamiento, no es momento de malos farios!

Sin perder el contacto visual me voy acercando a la salida con movimientos lentos. Un giro brusco de mi cuerpo podría ser fatal. Tengo que salir y poner una reclamación a Harold. Les va a caer un puro muy gordo en cuanto comente lo sucedido con mi abogado.

El gato demoníaco bufa en mi dirección. El cosquilleo en mi nariz se hace insoportable por segundos.

Voy a estornudar.

Quiero evitarlo. Resistir. Nos miramos sin pestañear. Le gruño, no sé el motivo, me sale así. Rebufa con las orejas hacia atrás y enseñando dientes. Si me clava esos colmillos que parecen alfileres me va a hacer pupita.

Estornudo.

El bicho me salta a la cabeza y hunde las uñas de las patas delanteras en ella. No puedo evitar gritar, ¡duele! Contorsiona el cuerpo, me clava todas y cada una de las zarpas de las patas traseras en el vientre y, después de dejar claro que no soy una amenaza, de un salto vuelve al baño. Aprovecho la oportunidad y en lugar de huir pasillo a través cierro esa maldita puerta. No pienso volver a entrar. Y él no saldrá mientras yo siga hospedada en esa habitación, que será poco tiempo.

En cuanto llegue el señor Cradúyalos, el responsable de haberme hospedado en este horrible lugar, hacemos el intercambio y vuelvo a la civilización. Me da igual la hora que sea. Por su puñetero empeño en «quedar una vez que el sol se ha puesto», me veo en esta tesitura. Pienso comentarle que tiene un gusto pésimo a la hora de escoger puntos de encuentro. Un gusto más que terrible.

Tiene que haber hostales monísimos y super limpios en los que pasar la noche a pocos kilómetros de aquí.

Para colmo, sigue diluviando. Suspiro. Me va a tocar marcharme en plena noche bajo la lluvia. Todo sea por la pasta. El detalle que no olvido es que seré inmensamente rica después de la entrega. Es lo que todavía me mantiene en este maldito lugar.

—¡Gato horrible! ¿Me oyes? No tengo idea de cómo te has colado aquí dentro, pero en breve la protectora de animales estará sobre aviso. Te van a meter en la peor jaula de la historia y allí te pudrirás, fiera del infierno.

SEIS

Acto seguido, unos golpes en la puerta me sorprenden. No he podido disfrutar ni de un momento de tranquilidad.

No puede ser él. No tan pronto. Además, me advirtió que me avisaría de su llegada a través de Harold, dada la problemática de la señal. Echo de menos una mirilla, ¿por qué no tienen las puertas de los hoteles? Sería todo un acierto.

Vuelven a tocar, vuelvo a sobresaltarme. La policía tampoco puede ser, ya la estarían echando abajo. Seguro que es el gerente-botones, no para informarme del intercambio sino porque no le he dado ni unas monedillas por traer mi exiguo equipaje. Pues mira, me viene que ni pintado para hacer mi reclamación. Lo del gato loco en el baño es intolerable. A ver cómo diantres me ducho yo ahora.

Abro y delante de mis ojos veo una cría mojada en camisón. Joder. Una niña perdida; se ha confundido de habitación. Su mirada es triste. El pelo largo y color azabache se le pega al rostro y le tapa parte de la cara. Apenas muestra el rostro, pero por lo poco que deja ver, no tiene buen aspecto. Se sorprende al verme. Mete la cabeza en mi habitación y mira a ambos lados, ¡qué poca educación!

—Hola bonita. No, no es tu habitación. ¿Sabes el número en la que está tu familia? Mira bien, aquí dice «veinte» —informo a la pequeña con la voz más dulce que puedo.

—Mis papás se marcharon hace mucho y me dejaron aquí. ¿No está él? —afirma ella con la voz tomada. Pobre, se ha acatarrado. Dudo mucho que con la que está cayendo estuviera fuera en el jardín, jugando como si tal cosa, pero todo podría ser.

—¿Eres la dueña del gato? Esta en el cuarto de baño. ¿Lo coges y te lo llevas?

—No, lo que busco es más bien un perro, que hoy hay luna llena. Estaba aquí. Harold la ha vuelto a liar. A Cradúyalos no le va a hacer ninguna gracia.

—¿Quién eres y qué sabes de Cradúyalos? —le pregunto. Esto empieza a ser muy preocupante. Tengo que despacharla, pero ya. Sabe más de lo que debería.

—¡Qué poquito te queda! —sonríe mostrando unos dientes y lengua oscuros. ¡Qué asco me dan las chuches pinta lenguas! Ni de pequeña podía con ellas.

La niña sigue plantada delante de mí sin parpadear. Me está resultando ya especialmente cargante.

—Oye, preciosa, ¿cómo es que estás así de mojada? Deberías secarte y cambiarte de ropa. Vas a pillar una pulmonía. ¿Estabas jugando fuera? ¿Y tus padres te lo permiten? —pregunto a la pequeña.

—Es por el pozo —contesta.

—¿Un pozo? ¿Cómo que un pozo? ¿Quieres decir una piscina? Eso debe ser. ¡Qué guay! No

esperaba que un lugar así tuviera piscina. ¿Me dirás dónde? —intento sonsacarle información sin éxito. Ahora se ha cohibido. No me contesta—. Pero contesta, ¿te comió la lengua el gato? No seas tan tímida.

No he traído bañador, pero llevo un camisón como el suyo en la maleta. Un dicho antiguo dice «allí donde fueres, haz lo que vieres».

Nada, por mucho que me esfuerzo en hacerme la simpática, ahora parece que le da vergüenza y no abre la boca.

Su mirada se ha quedado clavada en mí con una extraña expresión.

—¿Hola? ¿Estás ahí dentro, pequeñaja?

Paso la mano frente a su cara. No se inmuta. Chasqueo los dedos. Sigue sin reaccionar. ¿Se habrá quedado catatónica? ¡Lo que me faltaba!

Da igual, actuaré como si nada de esto estuviera pasando.

—¡Ale! ¡A tu habitación! Tus padres te estarán buscando, ¡vete! ¿Me escuchas?

Pongo una moneda sobre la mano arrugada de la niña inmóvil, para que se compre alguna chuchería. Debe de haber pasado mucho rato en el agua, pero mucho de verdad, pues tiene la piel como una pasa. También mejoraría su aspecto si dejara de comerse las uñas. Apenas le quedan. Es como si se las hubiera arrancado de raíz. Yo también me comía las uñas de pequeña, es un vicio muy feo y así se lo hago saber, aunque no parece atender a mis palabras. Entonces, sin señales evidentes previas, parpadea y se vuelve a poner en funcionamiento. Es como si hubiera sufrido un cortocircuito, o le hubieran cambiado las pilas. Alucino. Quiero preguntar qué le ha pasado, pero la enana abre la boca y me hecha el aliento encima. El hedor que sale de ese agujero es insufrible.

—Estoy deseando que llegue Cradúyalos. ¡Vamos a ser buenas amigas! ¿A que sí?

—¡Por favor! ¿Qué has comido hoy? ¡Necesitas cuidar tu higiene bucal, bonita! Casi mejor que gastes ese dinero en un buen colutorio. Les dices a tus papás de mi parte que necesitas ir al dentista de manera urgente. Te he visto un montón de caries.

—¡Mis padres están en el infierno! ¡Yo estoy en el infierno! ¡Tú vas a estar en el infierno enseguida, y eres tan tonta que no te enteras!

—¡Habrás visto qué maleducada! Oye, que a mí tampoco me gusta el hotel. Y tienes razón, la oferta de ocio infantil es escasa, pero no deberías ser tan crítica. Tus padres te tienen muy suelta, niña, necesitas mano dura. Anda, vete ya. Estoy muy cansada.

—No eres normal. Te veré pronto en mi mundo. ¡Cuídate del perro! ¡Volverá! El viejo te ha metido en su habitación, se le empieza a ir la chaveta. ¡No le va a gustar encontrarte aquí!

La muchacha se aleja aullando pasillo abajo tras esa tenue amenaza. Lo siento si se ha disgustado, pero no me arrepiento de lo que le he dicho. Cuando tengo razón, la tengo y listo.

Algunos padres son demasiado despreocupados. Salta a la vista que la pobre está muy mal atendida, que empieza con lo que se conoce como una preadolescencia difícil y necesitaría control y

una educación más severa. Por desgracia no puedo perder más tiempo con ella, ni quiero. No me llevo bien con los niños y tengo una cita muy importante. Las obras de buena samaritana no entran en mis planes más inmediatos, aunque me quedo con las ganas de mantener una charla con los progenitores de la muchacha.

Un momento, ¿qué ha dicho antes sobre un perro? ¡Lo que me faltaba, un perro en la habitación! Ni que fuera esta la versión hotelera del arca de Noé.

SIETE

El tono del teléfono de la habitación empieza a sonar. Es uno de esos modelos compactos tipo góndola, de la época en que yo era una niña. Recuerdo uno del estilo en casa de mi tía abuela por parte de madre. No los había vuelto a ver hasta hoy.

Dudo por un momento, ¿cómo se descuelga si no tiene pantalla táctil ni botones que pulsar? Intento recordar, buceo en mi memoria. El dial de rueda era para llamar, no para responder. Me quedo mirando el auricular, sujeto entre mis manos, y un impulso me guía a ponérmelo sobre la cara, igual que si fuera un móvil normal y corriente. ¿Es eso? ¿Era así?

—Buenas noches, madame —escucho.

Lo reconozco, es Harold. La voz de mi interlocutor llega clara y diáfana, quién lo iba a decir por lo arcaico del aparato—. Al habla Harold, el gerente. Le informo que el Señor Cradúyalos ha avisado de que llegará al establecimiento en, aproximadamente, unas dos horas.

—Muchas gracias, Harold.

Y cuelgo soltando el cacharro en la base. Al final era de lo más sencillo.

Me indica que tocará tres veces a mi puerta como señal. Perfecto. Con un poco de suerte no necesitaré usar el baño. Debo reducir la ingesta de líquidos al mínimo y lo conseguiré.

¡El futuro que quiero cada vez más cerca! Recibir ese mensaje es un chute de adrenalina directo a mi estado de ánimo. Los negocios van viento en popa, así que me planteo, ya que no tengo ni televisor, acercarme al salón. Se me ha abierto el apetito con las buenas noticias. No es jueves ni hay baile, pero igual encuentro algo interesante para pasar el rato.

Para mi sorpresa hay mucho movimiento en la planta de abajo. Un grupo de personas bastante numeroso tienen montado un evento en esa parte del edificio. ¡Vaya! ¿Una fiesta? Hay música de percusión. Todos los asistentes siguen el ritmo en una danza frenética tribal donde manda el sonido de tambores y flautas. Desde luego no es lo que imaginaba tras la parca información de Harold. No comentó que hubiera nada preparado para hoy, ya me lo podría haber explicado.

Soy consciente de que estoy desfasada en lo que a cultura musical se refiere. No conozco el tema, pero me recuerda un poco a aquel La Macarena de Los Del Río, salvando las distancias. En aquel antiguo éxito la melodía y la letra eran más pegadizas. No consigo entender lo que dicen, pero el estribillo es repetitivo, incluso engancha. Me resulta llamativo comprobar que van todos vestidos de una forma muy similar, con una túnica de color morado de capucha caída. ¡Vaya coordinación!

Ya entiendo: es una fiesta privada y no un baile sin más. Dos de ellos, con el mismo tipo de toga en color blanco, se dan las manos sobre un pequeño escenario. Son los que llevan la voz cantante en la celebración. Empiezan con unas letanías y los otros son los que prosiguen el cántico.

—¡Iä! ¡Iä! ¡Cthulhu fbatgn!

Pues no conozco esta canción, pero dado lo desconectada que estoy de los ambientes festivos y de juerga en general tampoco me extraña. Ellos, en cambio, se emocionan mucho al escucharla. La cantinela se convierte en clamor con unas pocas repeticiones.

—*Ph'nglui mghw'nafh Cthulhu...*

—*R'lyeh ngah'nagl fbatgn...*

—¡Iä! ¡Iä! ¡Cthulhu fbatgn! ¡Iä! ¡Iä! ¡Cthulhu fbatgn!

Los mencionados se besan y todos corean alegres. Los de los tambores se vuelven locos y suben varios decibelios el sonido. Parece que he llegado en el mejor momento. Justo. Sacan unas gallinas de unas jaulas y las muestran al resto. Dos cada uno, cuatro hermosos ejemplares de plumaje oscuro. Muy bonitas. Todos las miran con orgullo, deben ser familias humildes de raíces ganaderas con adorables tradiciones arcaicas.

Me quedo atrás y llamo la atención de uno de los camareros, que se sobresalta bastante al verme. Le pido una cerveza y unos snacks. Me mira con cara de no entenderme. Claro. Este es un becario contratado de fuera y no entiende ni papa de castellano. Le hablo en inglés, a ver si acierto. Pues no. Su mirada sigue siendo de desconcierto total. Parece que incluso le fallan las palabras. Tartamudea, no entiendo nada de lo que intenta decir.

—*Co... Co... Commmmm...*

Recuerdo mis primeros días en curros nuevos. Le comen a una los nervios. Casi me extraña no ver aquí también a Harold.

—Oye mira, déjalo. Da lo mismo. Me marchó.

Murmura algo en un idioma desconocido y luego lo repite en voz alta. De pronto, la música para y todos me miran. Joder, que no me voy a inmiscuir en su festejo. Vaya un grupo más susceptible. Ya me dijeron que por estos lares la gente no era demasiado abierta. Que yo sepa, y así se lo expreso en mi perfecto inglés, nadie me ha comunicado que el salón estuviera reservado y que, por lo tanto, tenía el mismo derecho que ellos a estar ahí tomando algo. No obstante, y como no me interesa llamar la atención, doy la enhorabuena a los novios y me voy por donde he venido.

¡Cuánta sensibilidad!

Jamás me he colado en una boda, no va a ser hoy la primera vez.

Desde luego, los enlaces temáticos son un puntazo, aquí los bordan. Y eso que apenas lo he disfrutado media hora. Para esto sí que tienen un local acertado.

La pequeña de antes muy probablemente fuera una de las invitadas al evento y cuando tocó en mi puerta se iba a la cama, la pobrecita, de ahí su mala cara. Cansancio por las emociones vividas.

OCHO

No me apetece volver a la habitación por los motivos que saltan a la vista, nunca mejor dicho. Vagabundeo por las zonas comunes y llego de nuevo a la recepción. Harold, tieso como un palo tras su mostrador, se sorprende al verme por allí.

—¿Madame? ¿Está todo correcto en su habitación? —las comisuras de sus labios se encorvan ligeramente hacia arriba, pero no definiría ese gesto como una sonrisa. Da más grima que el ojo blanco.

—Casi que mejor obviemos ese dato, Harold. Digamos que no hago más que cruzarme con gente rara —murmuro entre dientes.

No tengo ganas de parecer una cliente remilgada. En mi profesión pasar desapercibida es primordial y, cuanto menos llame la atención, mejor. Para el rato que me queda, me guardo las quejas y mi opinión sincera para Tripadvisor y www.Booking.com.

Sigo pensando que es inhumano tener a este señor en plantilla, y encima trabajando en el turno de noche. Estoy por dejarle la tarjeta de la gestoría que me lleva la contabilidad, tienen departamento de derecho laboral.

—¿Gente rara? Permítame la observación: en este prestigioso establecimiento solemos tener alojadas a las personalidades más relevantes de la zona —contesta visiblemente contrariado el anciano tuerto.

—Por supuesto, no pretendo importunar. Nada más alejado de mis intenciones —replico—. Vengo del salón y había una fiesta privada de la que me han echado de muy malas maneras.

—¿Ha estado en el salón? —limpia con un pañuelo la gota de sudor que cae de su frente. Si no quería que me acercara, debería habérmelo indicado antes.

—No sabía que estaba prohibido ir. Nadie me lo comunicó —recalco el «nadie». Si es buen entendedor, comprenderá su error.

—Ejem... —tose—. Ha dejado de llover. Si quiere puede ir a la azotea. Con esta espléndida luna llena gozará de unas vistas casi mágicas de la ladera de la montaña. Solo tiene que tomar el ascensor y subir al cuarto piso.

—Excelente opción. Pero indíqueme dónde están las escaleras, prefiero hacer un poco de ejercicio.

Harold señala la puerta a su izquierda. Observo el cartel de metal grabado con la palabra «escaleras» en la parte superior. Genial. Lo tenía ante mis narices. Le agradezco la información y continuo con mi inspección del lugar.

Desde el último piso no puedo hacer más que darle la razón al viejo. La luz de la luna y unas cuantas lamparitas que deben ser la iluminación de emergencias son suficientes para disfrutar de las vistas. En el bosque, ¡el sauce boxeador a lo lejos! ¡Lo sabía! Y una bonita explanada cubierta de vegetación por la parte de atrás.

Hay tumbonas repartidas por toda la terraza, un jacuzzi y mesas con taburetes altos. Lástima que esté todo demasiado mojado como para ser usado. Como solárium de día, es la mejor parte del hotel, sin ninguna duda. Olvidé preguntar por la piscina cubierta.

Adoro el olor del césped mojado. Me retrotrae a la infancia. Cierro los ojos para evadirme y recuperar esos recuerdos felices hasta que unos aullidos me sacan a la fuerza de mi estado de meditación.

Una jauría se ha reunido en el valle. ¿Perros salvajes? También podrían ser lobos. Juegan entre ellos. Qué bonita imagen de la naturaleza. Están lejos, mi miopía me juega malas pasadas, pues veo como dos de ellos se ponen a dos patas y parece que hay desavenencias entre ellos. Se pelean, jaleados por el resto, que hacen un corro a su alrededor. No puedo demorar mucho más la visita oftalmológica que tengo en tareas pendientes desde el año pasado. Está claro que mi vista ha empeorado.

La pelea de perros se acaba de forma precipitada, igual que empezó. Todos, menos el supuesto perdedor, se marchan bosque adentro. No lo veo moverse, ¿lo habrá matado ese bestia? La lucha no era nada equitativa, uno era el doble que el otro. Entorno lo ojos. No hace ningún movimiento.

¿Y si está malherido? Seguramente necesita ayuda, y yo aquí mirando la luna que se acaba de esconder tras los nubarrones.

¿Momento de hacer la buena obra del día?

NUEVE

—¡Harold! Tenemos que avisar rápido a la protectora de animales, o al veterinario de la zona, o lo que sea...

—No la entiendo, espero que sepa disculpar mi torpeza.

—Cuando estaba arriba he visto perros ensañándose de mala manera con uno de ellos. Primero pensaba que estaban jugando, ¡pero no era eso! ¡Era una pelea! Y se ha quedado uno solo, inmóvil, tirado en medio del campo que hay detrás del hotel.

—Pero, Madame, no puedo abandonar mi puesto de trabajo. No voy a salir a socorrer a un chuchó. Y usted tampoco debería, si me permite la recomendación. El exterior no es seguro, yo no puedo hacerme responsable.

—¡Me da igual! ¡Iré yo por mi cuenta! —indignada por su actitud, me alejo en dirección a la salida—. Daré la vuelta al edificio y veré qué ha sido del pobre bicho. Pero que conste que su actitud me parece deplorable. Y más teniendo en cuenta el carácter animalista de su hostel. El pobre bicho puede estar al borde de la muerte, y usted se queda aquí plantado sin mover un dedo para ayudar a salvar su vida.

—Madame, dijo que no se movía. Lo más probable es que ya esté muerto.

Me giro justo antes de atravesar la puerta para volverme hacia el viejo gerente. Mi intención es clara: traspasar su alma con una mirada de odio profundo. Una vez más, soy yo la sorprendida.

¡Será maleducado! ¡Prácticamente me ha dejado con la palabra en la boca! Observo a ambos lados, ni rastro del viejo. Ha desaparecido. Cobarde. Por un momento pensé que se apiadaría del pobre perro y vendría conmigo.

Y no es el único. Los macetones están vacíos y con la tierra removida. ¿A estas horas viene el jardinero a arreglar las plantas? Este sitio es el más raro en el que jamás me he hospedado, y mira que he visitado ya muchos en lo que llevo de carrera delictiva.

En fin...

Tengo que salvar una vida.

El móvil va a servir por fin para algo. Presiono el icono correspondiente y un haz de luz ilumina mi paso. Así está mejor. La luna sigue tapada, si esa horrible nube se apartara podría ver sin necesidad de linterna.

Voy dando la vuelta al edificio de ladrillo visto, con una mano me apoyo en la pared y con la otra me alumbro el camino, hasta llegar al otro lado. A lo lejos, veo la figura tirada en el césped. Por extraño que parezca, creo que es un ser humano.

Esta sospecha me obliga a llegar corriendo hasta él. Si de verdad es un hombre lo que yace en medio del campo, a Harold se le va a caer el pelo por no pedir ayuda, y los negocios se me van a complicar mucho si se avisa a la policía.

Está desnudo de cintura para arriba, y descalzo. Solo lleva unos shorts puestos. Pongo la mano sobre el pecho para ver si percibo latido o respiración, por tenue que sea.

Respira. Menos mal.

—Quita tus manos de encima, mujer —dice abriendo los ojos. Me ha pegado un susto de muerte. Parecía estar inconsciente.

El desconocido se yergue e intenta levantar. Tiene heridas muy feas en brazos, vientre y piernas que parecen cicatrizar a ojos vista. Mira hacia el bosque y por su gesto hay algo que no le gusta. Yo no veo más que árboles y plantas, no comprendo su alteración.

—Se fueron, no tiene de qué preocuparse. Pensé que estaba usted muerto, ¡qué susto me ha dado! Desde la azotea del hotel creí que era un animal. Mi vista flaquea. ¿Cómo está? —le ayudo a mantenerse en pie y ofrezco mi hombro para que se apoye.

—No me suena su cara del Hotel.

—Acabo de llegar, esta misma noche.

—Caras nuevas por aquí, ya era hora. ¡Vamos, tenemos que apresurarnos!

—¿Perdón? No lo entiendo.

—Nada. Cosas nuestras. Tenemos que llegar al interior del edificio rápido. No tenemos tiempo para tomar el té, señorita.

—¿Por los perros? No, tranquilo. Se internaron en el bosque.

—No son precisamente ellos los que me preocupan. Pero se han marchado muy rápido y eso significa otra cosa. Alguna bandada de trífidos nos acecha.

Avanzamos en silencio, apresurados, a través del terreno. Cojea un poco. ¿Por qué tendrá tanta prisa? Creo que está conmocionado. Habla de extraños seres vegetales que pretenden cazarnos. El golpe en la cabeza ha sido fuerte, vamos.

—He visto como le atacaban esos perros salvajes. Ha sido horrible —añado. Omito el detalle de que solo me faltaban las pipas. No voy a regodearme en su desgraciado percance. En mi defensa destaco que pensaba que eran animales salvajes. Si hubiese visto antes que había un hombre implicado habría insistido mucho más a Harold.

—¡Harold! ¡Rápido, un médico!

—¡Oh, madame! ¿Manuel? ¿Es usted? ¿Qué hacía fuera, Sr. Blanco? Sabe de sobras que la luna llena no le sienta bien.

—Solo quería un poco de aventuras, pero el de siempre me impide participar en la caza. Menos mal que apareció esta mujer para ayudarme. A lo lejos una manada de trífidos casi nos alcanza —El

tal Manuel Blanco calla y me mira de soslayo. A media voz, susurra al oído de Harold algo que espero no haber entendido, sería muy descortés por su parte cuando fui la única que salí a ayudarlo —. ¿De dónde ha salido esta loca?

—Cosas de Cradúyalos. Aquel que ambos sabemos tiene muy malas pulgas y lo sabe, ¡la culpa es suya por insistir!

—Se tendría que llevar a este hombre a que le revisaran esas heridas. La de la pierna tiene muy mala pinta. Bueno, tenía —insisto—. Aunque casi ha desaparecido, por ahí ha perdido mucha sangre hace unos minutos. Y creo que el golpe de la cabeza le ha afectado seriamente.

—Tranquila. El señor Manuel estará en buenas manos, yo me encargo. Por cierto, debería volver a la habitación número veinte, el Sr. Cradúyalos llegará en cualquier momento.

Las miradas de complicidad entre ambos son bastante evidentes, se conocen, y mucho. Harold enseguida ha tomado mi lugar como muleta humana y se lleva al herido pasillo adelante, pero en dirección contraria a la que yo debo coger para volver a mi habitación. No obstante, no puedo evitar escucharlos, algo comentan a media voz.

—¡Hostia, Harold! ¿La veinte?

DIEZ

Miro el reloj cada cinco minutos. Tiene que estar al llegar. Me muerdo las uñas y cruzo las piernas alternativamente, de un lado a otro. ¡Qué nervios, parece novata! Y mira que llevo desde la adolescencia con trapicheos. Tímo a trato subiendo el nivel hasta llegar donde estoy ahora. Soy una de las mejores en lo que hago, pero ya está bien. Quiero descansar. Llegó el momento de disfrutar lo que me resta, que espero sea mucho. Todavía me considero joven. Con cuarenta primaveras a mis espaldas sigo siendo una mujer de buen ver y lo voy a aprovechar.

Un golpeteo en la puerta me saca de mis ensoñaciones. Esta vez es él, tiene que serlo, Cradúyalos. Tres toques, lo estipulado. Respiro hondo y abro.

Invito a pasar al desconocido. Es un tipo muy alto y apuesto. Tengo que mirar hacia arriba, pues me saca como dos cabezas. No me va a intimidar. Lleva una capa, a la antigua usanza, y saluda quitándose el sombrero. Sí, lleva sombrero, ¡cuánta elegancia!

Su mirada es muy cautivadora. Tengo que reconocer que me está poniendo mucho más nerviosa de lo que esperaba.

—Querida amiga, me tiene a sus pies. Es mil veces más bella de lo que imaginaba.

—Es un adulator irremediable, Sr. Cradúyalos. Estoy encantada de conocerlo de una vez por todas, con la de trabajitos que me ha encargado.

Sin mediar más palabras, saco el estuche de terciopelo azul de mi bolso y lo dejo sobre la cama. Levanto la tapa para que vea que el collar está en su interior.

—Es una joya perfecta. Y no me refiero a lo que está dentro de esa cajita —asiente y sonrío. Él, a su vez, deposita un maletín de esos antiguos de médico en mis manos, y con señas me indica que lo abra y mire en su interior—. El dinero. Su dinero.

Afirmo con la cabeza y sonrío.

El trato está más que sellado. Me encanta hacer negocios con este señor.

Pero hay algo que empieza a preocuparme. Me siento terriblemente atraída por él. No me reconozco. Me imagino entre sus brazos. Creo que me lee el pensamiento, porque se acerca y pone sus manos sobre mis hombros.

—¡Uy, sí que ha refrescado en poco rato! ¡Sus manos están heladas! —exclamo al contacto. Un frío extremo penetra en mi carne atravesando el tejido de la camisa.

Me hipnotizan sus ojos, sus movimientos pausados, su seguridad. No soy dueña de mis actos.

—Llegó el día que estabas esperando, querida mía. Voy a hacer tus deseos realidad —murmura acariciando con su aliento mis labios.

Soy muy pequeña a su lado, casi insignificante. Quiero seguir sintiendo ese contacto por leve que sea. No puedo pensar en otra cosa, me cuesta razonar. ¿Estaré hechizada? Muero por sentir un beso de esos labios amoratados, y tal como lo pienso, se acerca hasta ponerlos sobre los míos. Incapaz de resistir, me doblego a sus intenciones.

No seré yo quien haga ascos a un poco de sexo post negocio ilegal.

—Para deshacerse del estrés, un buen polvo es lo mejor. Coincido con su forma de ver estos temas, querido amigo Cradúyalos —afirmo sin apartar mi mirada ni un segundo de esos labios.

Me tienen atrapada.

Estoy subyugada por el deseo.

ONCE

Recupero brevemente la cordura entre sus brazos. Me separo de sus labios y su cuerpo solo un instante. Guardo el dinero en mi hermosa y funcional maleta con cierre de combinación y aparto la joya. No quiero tener sorpresas desagradables, y necesitamos espacio en esa cama.

El hombretón no se toma a mal mis precauciones, incluso parece que le hacen gracia. Espera su turno sumiso recostado en el armario mientras recojo y sigue mirándome como si estuviera en bolas. Me tumbo sobre la horripilante colcha y espero su siguiente aproximación.

—Está usted tardando demasiado en desnudarme y hacerme suya —confieso. ¿Qué digo? ¡Nunca había tenido tantas ganas de follar con alguien! ¿Qué me pasa? ¡Madre mía! Soy incapaz de rebelarme a estos instintos... Jamás me había comportado así. Nunca había ni siquiera pensado en términos tan vulgares.

La ropa de pronto es una molestia, me ahoga. Me deshago de la camisa arrancando sin miramientos los botones. Es un modelo caro, de firma, pero tanto da. Después de hoy me compraré dos docenas. Él, todavía completamente vestido, se posiciona sobre mí. Ya queda menos para tenerlo dentro.

Es como si no fuera yo, como si otro ser guiase mis manos y mi cuerpo anulando mi raciocinio. Besa mi cuello de la forma más sensual que nunca había experimentado. Usa sus labios, su lengua, incluso sus dientes para darme un placer que se me antoja diferente. Lo dejo hacer, paseo mis manos por su espalda, esa amplia espalda, y bajo resiguiendo la columna hasta llegar al trasero, firme y respingón.

Esto es demasiado raro. No soy una mojígata, ni mucho menos, pero quien se lo está montando con el señor Cradúyalos no soy yo. No me reconozco. Estoy fuera de control.

Mientras, no se queda atrás. Me desea tanto como yo a él. Lo percibo. Masajea mis pechos con ambas manos apartando el sujetador, que es lo único que todavía cubre mi torso. Me provoca taquicardias. Vuelve a atacar, esta vez concentrado un centímetro sobre mi clavícula.

Mi sexo palpita en deseo por consumir el encuentro. Quiero despojarle de la capa. Muero porque me penetre de las formas más salvajes. Se resiste. Juguetón. Después me clava los dientes. Bestia. Me gusta la descarga de adrenalina. Me siento rejuvenecer. Hasta que duele. Se lleva mi energía. Algo no está bien. Quiero moverme y no puedo. Estoy a su merced. Intento gritar, pero mi garganta no emite ningún sonido. Me desvanezco. Él sigue absorbiendo mi ser y yo cada vez me percibo más débil e incapaz de pensar. Agotada. Rota. Ya muy lejos de ese deseo previo y de mi propia voluntad.

Entonces, antes de cerrar los ojos y a breves segundos de perder la consciencia, veo la sangre sobre la horrible colcha y escucho a Harold entrar en la habitación y felicitar al traidor mientras se

lleva el estuche con el collar y el dinero. Todo.

El señor Cradúyalos apoya mi cabeza en la almohada con cariño. Ya no hay respeto por los negocios ni palabras de caballero. ¿Estaba confabulado con Harold? Tiene algo que ver, por eso acaba de aparecer aquí. ¿A esto recurre para operarse el ojo ese memo? ¿Es este el verdadero sustento del Hotel? El supuesto descendiente del Conde Drácula abre la prisión del gato y lo toma, acariciándolo y regalándole mil arrumacos. Cabrones. Estaba todo preparado.

¿Me van a dejar así?

¿Sobreviviré?

¿Me voy a convertir en ser maldito del inframundo o seré la víctima estúpida que cayó en sus redes? Si quieren recuperar el dinero, no deberían matarme. Solo yo tengo la clave que abre la maleta, así que ellos mismos. Y a la mierda mis planes de jubilación, claro.

Más voces llegan a mis oídos. Otro hombre.

—¿Y esto quién lo limpia? ¿Le tenías que dar justo mi habitación, viejo?

—¡No te quejes tanto, Manuel! —le responden—. El trabajo ha salido bien, y no precisamente gracias a ti. Se podría haber torcido todo por tu escapadita. Mira que salir con la luna llena...

—La niña está avisada. Enseguida viene a por ella. Un poco de paciencia.

Actúan como si no estuviera presente, como si no importase. ¡Vaya panda de maleducados! Alguno podría darme explicaciones. Si voy a ser una mujer vampiro, inmortal y esos detalles, necesitare más dinero del que tenía previsto. ¿Y quién me informa al respecto? Digo yo que tendrán alguna especie de oficina a la que acudir con las dudas.

—No te hagas ilusiones. No vas a ser un vampiro —contesta la pequeña a mis ensoñaciones.

La que faltaba, la niña rara, aparece canturreando ante mis ojos. Saluda a los otros, Cradúyalos la recibe con un «ahí la tienes. Cuando te canses, los adoradores de Cthulhu querían algunas de sus vísceras, así que no la destroces mucho».

—¿Qué pintas tú aquí? Esto no es un hotel normal —Mi voz es apenas un susurro, no me quedan fuerzas para alzarla.

—No puedo creer lo idiota que eres.

La enana sonrío y acaricia mis mejillas con sus manos enjutas y enmohecidas.

—¡Malcriada! ¿Me insultas? ¿Es que no ves lo que me está pasando?

—Vamos a pasar un rato divertido las dos juntas, ya verás. Bueno, en realidad, yo me lo voy a pasar mejor.

—Bonita, llama a tus padres, a quien sea. Me muero. Me estoy desangrando.

—Eres tonta de remate. Te voy a tener que enseñar tantísimas cosas... Menos mal que tenemos tiempo, me prometieron que serías mi juguete nuevo.

FIN

SOBRE ESTHER MOR

Encantada de conocerte, lector o lectora. Soy Esther Mor y esto es un mensaje para ti, para la persona que ha estado leyendo.

Si has llegado hasta aquí es que lo que has leído te ha gustado, al menos lo suficiente como para haber acabado con la historia. Te agradecería enormemente que dedicaras unos minutos de tu preciado tiempo a dejarme una opinión, una pequeña reseña, un simple comentario, una crítica o lo que gustes. Una, dos, tres, cuatro, incluso cinco estrellas si consideras que lo merece. Me gustan las estrellitas, aunque no son lo más importante. Entre tú y yo: están sobrevaloradas. Lo mejor, lo inigualable, sería que animaras a tus conocidos a descargar y leer este relato, o incluso que te atrevieras con otras de mis obras literarias.

Pido mucho, lo entiendo. Pero es un momento. Sinceramente, es a lo que aspiro.

Te informo de que, en Amazon, Lektu, Google Play Libros y Kobo, encontrarás la primera de mis novelas, un romance escrito con mucho cariño, **Amor, última llamada**. De momento, solo en Amazon, mi segunda obra publicada, una loca historia urbana contemporánea que mezcla humor, comedia y ciencia ficción titulada **Rebelión electrónica de andar por casa**.

Puedes descargar también, de forma gratuita, **Jueves**, uno de mis primeros relatos, disponible en Lektu, Kobo y Google Play Libros, en formato e-book. Fue el primero de mis escritos que superaba las cinco mil palabras, y le tengo un cariño especial por lo emotivo de su nacimiento: conmemorar el aniversario de los atentados del 11M en Madrid.

Por último, que me estoy poniendo intensa y me percató de ello, una sugerencia más: si quieres conocerme, te muestro dónde puedes encontrarme,

<https://m.facebook.com/esthermf>

<https://www.instagram.com/esthermorescritos/>

<https://mobile.twitter.com/esthermor2>

FRAGMENTO DE REBELIÓN ELECTRÓNICA DE ANDAR POR CASA

En ese momento no era consciente de que un peligro aún mayor me esperaba agazapado tras la puerta. El robot Roomba, en un alarde de independencia y autonomía, se había puesto en marcha.

Solo.

Y se dirigía hacia mí.

Amenazante.

A velocidad constante.

Intenté salir de su radio de acción, pero de una manera inexplicable, parecía perseguirme. Eso no era posible. Mi mente racional no daba crédito.

Avancé por el pasillo con el condenado electrodoméstico siguiendo mis pasos a corta distancia. Cuanto más aceleraba la marcha, más parecía hacerlo él también. No es que yo corriera mucho medio coja; desde luego su amiga plancha había hecho un buen trabajo previo, le había allanado el camino. Quise esquivarlo ante la puerta de la habitación de los niños. No pude, tal parecía adivinar mis pensamientos.

Me introduje en ese mismo cuarto de un salto. En esa estancia llena de obstáculos tirados en el suelo le iba a resultar difícil avanzar.

Pero no. El desgraciado los sorteó todos, hasta los peluches que le lancé encaramada a la litera de los niños.

Tenía que salir de ahí, estaba acorralada. De un salto bajé de nuevo al suelo, intercepté el mando a distancia de un coche teledirigido y lo dirigí directo a las amenazadoras aspas con las que recoge el polvo y la suciedad del piso, juraría algo más alzadas sobre el suelo de lo que es habitual. Como un caballero en plena justa, solo le faltaba la lanza. No conseguí despistarlo más que un segundo, pero fue lo suficiente para permitirme huir pasillo abajo. No tardó en aparecer.

Consiguió arrinconarme en una esquina, entre el mueble de la televisión y la vitrina de la vajilla buena, después de lo que me pareció una eternidad intentando evitarlo. ¡Estaba perdida!

Solo una opción a la vista. En mi angustia, llegué hasta la puerta del balcón.

Era un plan muy arriesgado.

Podría resultar funesto.

Para mí y para el puto electrodoméstico que había costado medio sueldo. El único que de

verdad había resultado una gran compra y una mejor ayuda para el mantenimiento higiénico de la casa. Precisamente él tenía que ser un traidor. Dolía. Dolía mucho ver que solo había una salida para ambos. Que uno de los dos saldría indemne y el otro no. Que él sería sacrificado para salvar mi vida.

¡La ilusión con que recibí ese regalo de Salvador, mi ex! ¡Ese cacharro sí era útil!

Mi rabia se apoderó de la situación. Abrí la puerta, me sujeté con fuerza a la barandilla y levanté los pies. Mi equilibrio, aunque precario, fue suficiente para conseguir mis intenciones.

La Roomba siguió adelante, pasando por debajo de la barra de metal. Precipitándose desde mi cuarto piso. El vuelo fue intenso, pero corto, de apenas unos segundos.

El choque contra el suelo, mortal.

Desde arriba observé su carcasa partida y los millones de piezas que la conformaban, desparramadas sobre la acera.

La luz verde se apagó al impactar.

Sentí las lágrimas resbalar por mis mejillas. Habíamos formado un equipo envidiable, ella recogía mientras yo pasaba la fregona, detrás, siguiendo su caprichoso itinerario. Barrer y fregar nunca más volvería a ser lo mismo.

(CONTINÚA LEYENDO... rx.me/VGH7PG)